

Maximiliano á Bazaine reprochándole que no hubiera acudido á su llamado, y el cual terminaba así:

«Mi único deseo es nombrar una regencia provisional mientras se apela á la Nación y se dan los pasos necesarios para convocarla; en fin, buscar protección para los imperialistas, sin mezclarme en nada de lo demás.»

Ese mismo día llegaron á Orizaba los ministros y los consejeros de Estado, para que en junta general propusieran las medidas que debieran adoptarse. El P. Fischer tornó á apretarse las manos exclamando:

—Parece que hemos ganado la partida!



CAPITULO XXXVII

CINCO MM EN CAMPAÑA

COMO se ha visto, Maximiliano aparentó vacilar mucho respecto de su abdicación, pero en el fondo lo que menos deseaba era firmarla. Fueron mayores y más convincentes las razones que le dieron los que le aconsejaron que dejara el país, sobre todo menos sospechosas y más desinteresadas que las de los que tomaron empeño en que se quedase; pero seguramente eran estas las que más alhagaban su amor propio, las que iban conformes con sus sentimientos más íntimos y por eso convocó en Orizaba una junta de consejeros, que no eran sino los mismos notables que dos años antes le habían ofrecido la corona, para que ellos resolvieran la dificultad. Naturalmente que no podía esperar otra cosa, sino que estos le dijeran que no abdicara. Los monarquistas clericales por menos probabilidades que tuvieran de buen éxito, siempre habían luchado con el partido liberal, pero ahora tenían de su parte la ventaja de contar ya

con un príncipe extranjero que había sido su gran ilusión; tenían á quien echar de carnaza y de quien aprovechar los elementos exóticos de que estaba rodeado. Ellos solos, tenían que ser arrollados por las turbas juaristas; pero en compañía de un príncipe austriaco de sangre real, era cosa muy diferente. El tenía una legión austro-belga, contaba quizás con algún crédito en Europa y acaso con el clero y los ricos del país que no le cerrarían sus cajas y tal vez, tal vez, el mismo Bazaine, sin embargo de las instrucciones en contrario de Napoleón, podría facilitarle algunos elementos.

La junta dió el resultado que se esperaba: solo alguno que otro imperialista de buena fé opinó, en las sesiones que se celebraron, que Maximiliano debía seguir su viaje á Europa desde que no contaba ya con el apoyo de las bayonetas francesas, puesto que su partido no podía darle una nación pacífica para que la gobernara. La resistencia de los juaristas era tremenda, la actitud de los Estados Unidos contra la monarquía era formidable y no debía sacrificarse á un inocente solo por caprichos injustificados. En cambio los del contra, esto es, los que estuvieron porque Maximiliano se quedara, fueron más, y armados de razonamientos apasionados que cuando los espíritus no están serenos producen un efecto infalible, obtuvieron un triunfo completo.

Maximiliano les había sometido la cuestión en términos generales, diciendo que deseaba poner en manos del pueblo mexicano la misión que le había confiado, con motivo de la situación que les era conocida, y los del Consejo haciendo á un lado los puntos que se les

marcó para que los estudiaran, se salieron por la tangente y discutieron y votaron esta proposición: *no es decoroso ni conveniente admitir la abdicación del Emperador Maximiliano.*

Este se hizo también de la vista gorda, y aunque lo que les había pedido eran medidas para poner en manos del pueblo la situación, fingió sorprenderse, aparentó creer que debía prestar obediencia á la decisión del Consejo, una vez que lo había llamado para que resolviera lo que fuera del caso, y entonces ya solo dictó á estas condiciones, que eran imposibles de cumplir, para que él pudiera sostener en su cabeza la corona, tales como estas: 1ª Reunión de un Congreso. 2ª Arreglo de la situación hacendaria. 3ª Quintas para formar el Ejército. 4ª Colonización. 5ª Arreglos con Francia. 6ª Inteligencia con los Estados Unidos.

¿Cuál de éstas condiciones era posible cumplir por nadie y menos por aquellos consejeros en el estado de guerra en que se encontraba la Nación entera? ¿Qué congreso se reuniría en los momentos en que al imperio no le quedaban más que cinco ciudades guarnecidas y los republicanos eran dueños materialmente de las tres cuartas partes del territorio? ¿Qué hacienda podía arreglarse cuando la corte había despilfarrado en dos años más de ciento cincuenta millones de pesos, habiéndose quedado la mayor parte de ese caudal entre las manos de los usureros y prestamistas?

Sin embargo, los consejeros contestaron á todo que sí, que apechugaban con las condiciones, pareciendo les de sencilla ejecución, y Maximiliano dió por fin la gran campanada el día 30 del mismo Diciembre

anunciando *urbi et orbe* que aceptaba la situación y que continuaba rigiendo los destinos de México con el título de Emperador.

Sorpresa general causó á las gentes juiciosas que contemplaban friamente el aspecto amenazador que presentaba el país y la pobreza de elementos del imperio, así como gran regocijo á los que se consideraban perdidos desde el momento en que Maximiliano abandonase las costas mexicanas. Los primeros se golpeaban la frente, se cruzaban de brazos, exclamando: ¿también se habrá vuelto loco como su mujer el príncipe austriaco?—Los segundos decían:—Vamos saliendo por de pronto del atolladero en donde estábamos metidos, que después, ¡quien sabe! quizás la suerte se canse de tenernos vueltas las espaldas.

Y el caso fué que estos últimos, de los que había un buen número en Orizaba, organizaron un movimiento público de regocijo, que el Emperador no se dignó aceptar, haciendo que su ministro Lares se presentara en su lugar á recibir las ovaciones, fingiéndose él enfermo.

Realmente en aquel momento en que era tan ruidosamente aclamado, fué cuando comprendió la gravedad de su situación, fué cuando dijo á sus íntimos los extranjeros que lo rodeaban y que en nada participaban de la bullanga de la calle:

—Es grato oír que todo un pueblo dirija ¡vivas! á su soberano, pero es más grata una vida tranquila en el hogar. . . . ¡ay! exclamó llorando, ya no tengo hogar desde que mi amada Carlota perdió el juicio, pero al menos consagraría á cuidarla todos mis días y todas mis noches.

—V. M. puede todavía abdicar el día que le plazca, le dijo su médico.

—No, ya no es posible, ya estoy muy comprometido con estas gentes, y sobre todo, ¿á dónde voy ahora?

—Al Austria, quizás á reinar.

—Esa fué la salida que me propuso mi fiel Eloin y con cuyo fin fué á Europa á proponerla creyendo que todas las circunstancias serían propicias; pero las indiscreciones han hecho poner á mi hermano en guardia y ahora no podré ni siquiera pisar el suelo de Trieste.

—¡Cómo! el Emperador se rehusaría á recibir á V. M?

—El Emperador mi hermano ha comunicado órdenes terminantes á todos los puertos y fronteras para que no se me deje pasar.

—En todo caso, murmuró el Padre Fischer, aquí queda un campo vasto para combatir y triunfar, tal vez en pocos meses.

Bien sabía el Padre Fischer que tocaba la cuerda sensible de Maximiliano, el cual se levantó muy reanimado y exclamó:

—Que se vayan en buena hora los franceses, nosotros sabremos sin ellos alcanzar la victoria. Contando con generales tan bravos como Miramón, Márquez, Mendez y Mejía, no se puede dudar del éxito.

Y para mejor significar el júbilo que esta expectativa le causaba y para dar un sello de mayor solemnidad á su resolución de aceptar la lucha con todas sus consecuencias, llamó al general Márquez y le condecoró en presencia de su pequeña corte con

la Gran Cruz de la orden imperial del Aguila Mexicana.

Los mismos ministros de Maximiliano se sonrieron con desdén ante esta distinción, por demás pueril en aquellos momentos, pero todos aparentaron creer que era muy merecida.

El mes de Diciembre fué notable por el gran número de combates que se libraron, en los que todavía se vieron brillar muchas armas francesas. Multitud de pequeños hechos de armas favorecieron á los imperialistas; pero los grandes, los principales, aquellos como el golpe que dió el bizarro coronel Eulogio Parra á una columna franco-traidora en el punto de la Coronilla y que determinó la huida del general Ignacio Gutierrez con tres mil hombres y cuarenta piezas de artillería, de Guadalajara; como la ocupación de Monterrey, el Saltillo, Tampico, Matamoros y San Luis Potosí; como la pacificación de Sinaloa y Sonora, esos triunfos repetimos, pertenecieron á los republicanos.

En el momento pues en que los cinco hombres de la M. formaban su terrible alianza para destruir á la República y consolidar el imperio, esto es, cuando Maximiliano, Márquez, Miramon, Mejía y Mendez, desenvainaron sus espadas para provocar una lucha sangrienta, determinados á salir victoriosos, lo hacían bajo estos nada buenos auspicios: los franceses estaban reconcentrándose para cumplir las órdenes de Napoleón de embarcarse para Europa en los primeros meses de 1867; los Estados Unidos mostraban por medio de los hombres de su gobierno, una gran parcialidad por Juarez y la República Mexicana, conde-

nando por medio de todos sus actos la institución imperialista; Porfirio Diaz había alcanzado tres victorias consecutivas en la Carbonera, en Miahuatlán y en Oaxaca, siendo ya dueño de la mejor zona militar en el Oriente de la República; el general Escobedo ejercía el mando sobre más de veinte mil hombres, ocupando ya todos los Estados del Norte, desde San Luis Potosí hasta el Rio Bravo y hasta Tampico: Corona era dueño de todo el Occidente, sin el estorbo de Lozada que se había declarado neutral en el Nayarit, de manera que extendía sus operaciones desde Sinaloa y Sonora hasta Jalisco Colima y Michoacán; de Chihuahua á Durango avanzaba Don Benito Juarez con su gobierno; y fuerzas republicanas de consideración al mando de los generales Régules, Riva Palacio, Martinez, Rivera, Carbajal, Cuellar, Alvarez, etc., etc., hacían correrías por diversos lados y algunos de esos arrojados jefes llegaban á presentarse varias veces en puntos muy inmediatos á la capital.

Esta era la situación en los momentos en que el alucinado Hapsburgo, creyendo que Márquez y Miramón eran los protegidos de Marte, los dos genios de la guerra, los invencibles Macabeos, los nuevos Bonaparte, se decidió á no abdicar y se resolvió á quedarse para disputarles á los mexicanos aquella corona que habían ido á depositar en su cabeza unos cuantos traidores, usurpando villanamente, falsamente, torpemente, el nombre de la Nación, que con labios impuros pronunciaron en el salón azul de Miramar.

Pero todavía así, tan mala como era la situación,

podían verla color de rosa, los que antes habían peleado con guerrillas y ahora disponían de algunos buenos batallones; los que habían comenzado su carrera militar con un cuartelazo y ahora tenían, aunque fuera por pocos meses, el respeto de 40,000 franceses que les cuidaban la capital; los políticos que no tenían más salida que la de la cerveza, según se dice vulgarmente; y el mismo Maximiliano que no quería volver á Europa con la cola entre las piernas, ni mucho menos verse arrojado de Austria, sobre todo, podía verla color de rosa entonces respecto de la intensidad con que poco después comenzó á ennegrecerse por los cuatro vientos. Los que vieron la situación tal cual era, fueron los ex-ministros que se pusieron á arreglar sus maletas para largarse con los primeros tercios de franceses que salieran, los obispos que también se alistaron para ocupar el centro en la partida y luego los indiferentes, los partidarios tibios que decían:—Una vez que se vayan los franceses, es seguro que al imperio se lo lleva patetas.

Ahora vamos á decir cuáles fueron las primeras operaciones de los cinco paladines una vez resuelta la lucha.

Mejía salió huyendo de San Luis Potosí con unos cinco mil hombres que le quedaban.

Miramón se arregló en México unos cuatrocientos soldados de los mejorcitos y luego fué á recoger los restos desmoralizados de los que venían huyendo del interior.

Márquez se quedó de reserva al lado de Maximiliano.

Mendez se hizo fuerte en Morelia dispuesto á lanzarse por el rumbo que se le ordenara, siempre que fuera antes de que acabaran de rodearlo los republicanos.

Y Maximiliano dió una proclama diciendo que se quedaba para sacrificarse por su pueblo.

Así se pusieron las cinco MM en campaña.

